

Con sabor a

Vainilla

Lucía M.

Capítulo 1

—¿Qué tienes un qué? —suelto la taza de café sobre la mesa.

La cafetería se queda en silencio, todo el mundo nos mira y Natalia me manda a callar en seguida.

—Pero no grites tanto —dice en voz baja—, que se va a enterar todo el mundo.

—¿Pero cómo que tienes un esclavo? —susurro.

—Un esclavo, Lu, un hombre que hace todo lo que yo le pida.

—Ah, —suspiro aliviada— eso no es un esclavo, se llama marido, o novio en tu caso, y aprovecha porque eso es hasta que conoce a una más joven y te deja.

—Que no, que yo tengo un esclavo de verdad, —carraspea— además de mis rollitos, ya sabes.

Me observa detrás de su taza humeante de capuchino. Pues no, no sé, no entiendo nada. Le doy un sorbo al mío.

—A ver, Lucía, ¿tú no has oído hablar de Grey?

—Sí, hija, sí, ¿quién no?

—Pues eso, pero Grey soy yo. Natalia Grey, o mejor, —celebra su ocurrencia— *Cincuenta sombras de Natalia*.

—Entiendo que así es como se llama ahora a los ligues, ¿no?

—Que no, Lu, que no es un ligue, que es mi esclavo y punto.

—Natalia, no es legal tener esclavos —la interrumpo.

—Claro que es legal.

Arqueo las cejas.

—¿A mí me vas a decir lo que es legal y lo que no? —Protesto sacando la abogada de profesión que llevo dentro.

—Él quiere ser mi esclavo y me adora, —porfía— y a mí me encanta ser su ama y dominarlo.

Me humedezco los labios con el café y saboreo la crema con mi lengua.

—¿Y —me esfuerzo escoger bien mis palabras antes de hablar— qué te hace ese esclavo tuyo?

—Pues lo que yo le diga; me limpia, me hace la cena, me baña... —se aclara la voz—

me hace el amor.

—Ah, claro, ya decía yo que estaba tardando. ¿Y pagas por eso o es otra de tus locuras con los tíos?

—¡Qué voy a pagar, Lu! —Niega secándose los labios con una servilleta— Quiero que lo pruebes.

Casi me atraganto.

—¿Qué?, ¡Sí, hombre!

—¿Cuánto tiempo hace que te dejó tu marido?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—¿Cuánto?

—Dos años —pienso un instante— y cuatro meses.

—¿Ves?

—¿Qué veo?

—Que no lo has superado.

—Claro que lo he superado, además, lo dejé yo.

—Ya... ¿con cuántos hombres te has acostado desde entonces?

—Eso no quiere decir que no lo haya superado, yo no soy de ese tipo de mujeres ¿Qué quieres? No me mires así, yo no

necesito un *de eso* que tienes tú, yo soy distinta. Estoy bien así, gracias.

—Vale, quiero que lo pruebes.

—No.

—Por fi, Lu, quiero que te lo quedes mientras estoy fuera.

—¿Qué me lo quede?, ¿dónde?, ¿en casa?

—Claro.

No puedo evitar reírme.

—¿Qué pasa?, ¿él no tiene?

Piensa un instante.

—Mhmm, sí, pero vive conmigo.

—Natalia, ¿desde cuándo vive un hombre contigo?

Estoy alucinando, en serio.

—Me voy a Paris mañana al *Fashion*

Mois, —pronuncia en un exquisito francés— será solo un mes. Así no estás tan sola en esa casa tan grande, ¿Cuánto tiempo llevas diciéndome que te hace falta un poco de aventura? Pues aquí la tienes en forma de hombre de uno noventa... ¡Y qué hombre! Con una melena rizada que tiene, una barba, unos ojos de estos que te penetran — se ríe— y un culo... oh, si es que se me están quitando

las ganas de irme, de verdad. A lo mejor me lo llevo conmigo.

—Pues llévatelo y os lo montáis en los ascensores de la Torre Eiffel, ya será lo único que te quede por hacer, ¿no?

Si es que aquí, el que no está loco, poco le falta. Un esclavo, dice. Un perverso que no tendrá otra cosa que hacer. A saber. Ah, espera, que se está pensando lo de la Torre Eiffel.

—De verdad, cómo eres —dice.

—De verdad, no, ¿qué le digo yo a mi hija cuando venga a verme? Oh, mira, Cristina, mi esclavo; me hace la casa por el día y por la noche... toma, pruébalo. Vamos, será que no tienes tú amigas a las que se lo puedas dejar a *eso*, no, a mí, a la más normalita de todas ellas, porque conociéndote, tengo que ser la más normal de todas.

—Y antigua.

—O tú muy moderna.

—Pues si le dieras una oportunidad a las cosas nuevas, igual te iría mejor.

—Ah, que me va mal.

—Sí.

—Ah, vale, ¿y en qué me va mal?

—En todo —su tono se vuelve de un rebelde adolescente que me deja pasmada en mi sillón—, no puedes seguir pensando en el pasado, tienes que mirar al frente, ¿sabes? No puedes estar toda tu vida...

—Vale, Natalia, lo que tú digas —me echo hacia atrás en mi asiento.

—No, escúchame; la vida es como un viaje en coche y si no estás atenta a lo que te viene por delante, no te comes un colín. Tu problema es que no haces otra cosa que mirar por el retrovisor. Retrovisor para arriba, retrovisor para abajo, y cuando quieras salir de la autopista en la que te has metido, te vas a dar cuenta de que te has pasado la salida y de que las autopistas son aburridas y no llevan a ningún sitio. Kilómetros y kilómetros de vacío, de suelo gris. Tienes que ir por los pueblos, pasar por las ciudades, conocer mundo. Tienes que querer salir de la autopista antes de que se te acabe la gasolina, Lu, antes de que te quedes sin gasolina y te veas tirada en el kilómetro cincuenta de cualquier carretera. Porque a los

cincuenta, olvídate de salidas, de pueblos y de ciudades. A los cincuenta se acabó.

Espero a que se relaje sobre su sillón. Las dos cogemos de nuevo nuestras tazas. El café ya está frío.

—¿Ya has terminado?

—Sí.

—Vale, —cojo aire— entonces mi vida es un coche.

—Un *Panda* viejo ya para el desguace.

—Un *Panda*, está bien. Y quieres que tire los retrovisores y me salga de la carretera metiendo a un desconocido en casa porque se me va a acabar la gasolina en el kilómetro cincuenta.

—¿Lo vas a hacer?

—¡Por supuesto que no!

—¡Oh, vamos, Lu, Cash te va a encantar!

—¿Cash?, ¿Ese qué nombre es?

—El suyo.

—Ya, imagino, pero qué pasa, ¿no es español?

—Sí, claro.

—¿Entonces?

Sonríe enseñándome sus dientes como los

enseñaría un depredador antes de lanzarse hacia su presa.

—Intrigada, eh. ¿Quieres conocerlo? Así se lo preguntas tú misma.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no voy a meter a ningún loco en casa.

—Que no es un loco, cuando lo conozcas verás.

—Natalia, no lo voy a conocer.

—¿A las diez en tu casa?